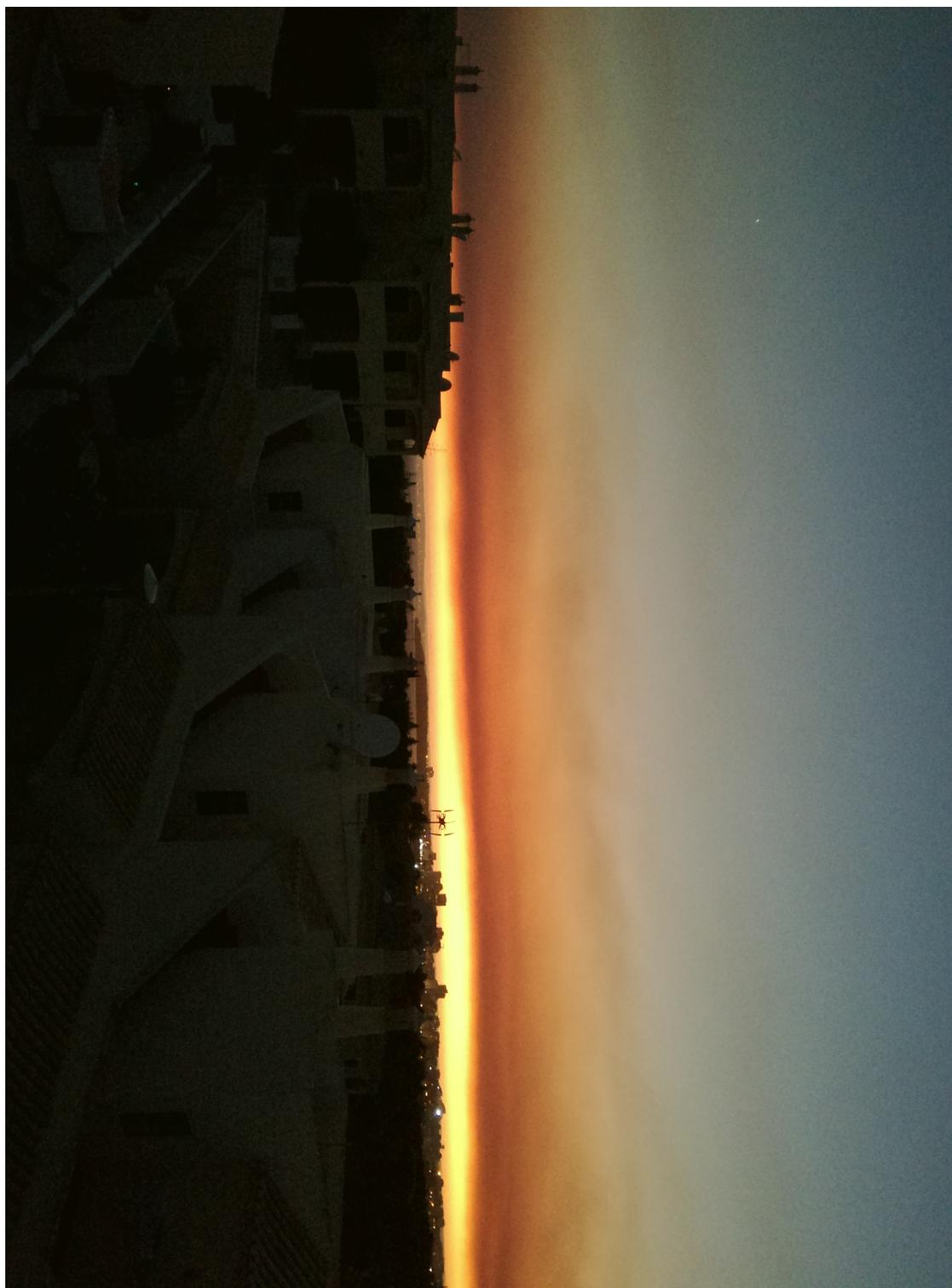


El postre (Colección Algarve)

Fran M. Moreno



Capítulo 1

Caterina Collins estaba en la cocina preparando una tarta de queso mientras canturreaba alegremente una canción. Se desplazaba por el lugar con gran energía, como si pudiera levitar sobre el suelo. En los picos de euforia siempre hacía eso.

Ahora desmenuzaba las galletas, ahora bailaba hasta la nevera y ahora cogía la mantequilla, cerraba la puerta con un ligero golpe de glúteos y flotaba de nuevo hasta la encimera. Se movía con gracia y fluidez, como si fuera una pluma atrapada en una corriente de aire que no se detiene hasta que choca contra la pared.

Ser ama de casa y cocinar para los suyos era lo único que la llenaba, además del tabaco, la ginebra y los antidepresivos, que es lo que ocupaba el resto de su tiempo. Las pastillas le regalaban estos pequeños oasis donde la desesperación por la muerte de su marido desaparecía por completo.

Sus ojos estaban desquiciadamente abiertos y sus manos se movían a toda velocidad gracias a la Fluoxetina y el amor que sentía por su hija y su yerno, las dos únicas personas que le quedaban en el mundo. ¡Qué buena hija tenía! La pobre había renunciado a su sueño de viajar por el mundo sólo para cuidar de ella, ahora que su padre no podía hacerlo.

Aunque pudiera parecer que eran de tristeza, esta vez le empezaron a brotar de los ojos lágrimas de pura alegría y éxtasis contenido, así que mientras ponía a hervir a fuego medio la leche, la mantequilla y el resto de ingredientes, se lanzó hacia la ventana de la cocina y llamó a su hija, que estaba en la terraza.

—¡Te quiero, cariño! —le gritó mientras agitaba la mano enérgicamente—. Yo a ti también, mamá —contestó Sarah con una media sonrisa.

Caterina Collins siguió preparando la tarta de queso, la favorita de todos en casa, con un brío y un amor ciego y salvaje que le costaba mantener dentro del pecho. A cada nuevo ingrediente que colocaba en la mezcla le daba un beso y le sonreía.

La tarta ya casi estaba, solo quedaba el último ingrediente. Agarró el insecticida, lo besó con el mismo primor que había besado a las galletas, y roció bien el postre durante varios segundos mientras aspiraba sonriente el olor del Raid.

Por último, metió la tarta en la nevera sin dejar de canturrear su canción,

se tomó dos comprimidos de Fluoxetina y los pasó con un trago de ginebra. El postre para la cena ya estaba listo.